

MISERIAS

Pedro M. Almagro



Image not found.

Capítulo 1

MISERIAS

Existió, en tiempos del inútil Felipe IV, una joven muchacha que por causas del destino vivió, creció y murió en una situación lamentable de pobreza y miseria y en la que sus muchos y variados amos se aprovecharon de ella en todos los sentidos, pues además de bonita era buena, humilde y sumisa, como no cabía ser de otra forma para una esclava.

María, que así se llamaba, contaba con quince años y nació de unos padres alojados en la extrema indigencia en los barrios bajos de la Valencia del siglo XVII. A su padre lo mataron de un navajazo en una reyerta que surgió en una taberna a consecuencia de una partida de naipes en la que, borracho, empeñó el vellón del que no disponía. Su madre se tubo que prostituir con mucha tristeza y asco para poder llevar a casa algo de pan y agua de cebada para que su niña no muriera de inanición. Al cabo la madre también se dio a la bebida, con lo que su cuerpo y por tanto su caché mermó de tal manera que lo poco que ganaba en aquellas oscuras y apestosas calles llenas de mugre, excrementos y siempre mojadas por la constante lluvia, se lo gastaba en lo único para lo que entonces vivía, la bebida, olvidándose por completo de su pequeña que, poco a poco, languidecía sin remedio a merced del primero que la encontrara arrastrándose en cualquier callejón oscuro y aislado de toda civilización posible a abandonada a su propia suerte.

En una ocasión, María cayó en manos de un adinerado mercader; gordo, viejo y baboso, que una noche la encontró tendida en el suelo hediondo y con los cabellos grasientos, sucios y enredados y cuyas ajadas vestiduras dejaban entrever sus vestales muslos llenos de roña y visiblemente temblorosos debido a su deficiente estado físico, mientras intentaba levantar una mano hacia este mercader implorando compasión y suplicando una pequeña limosna.

El mercader, como si se tratara de una rata, la agarró del pelo y así la llevó hasta llegar a su casa, donde lo dispuso todo en cosa de unos minutos para poder desfogarse con ella de la manera que a este desalmado personaje más le complaciera. Mientras, exhausta y acurrucada en una esquina del inmenso y opulento salón principal, María permanecía ingenua a los planes del mercader, los cuales pudo comprobar cuando, con plena ausencia de modales y sin importarle la salud física de María, la agarró del harapiento poncho de lana que llevaba puesto y la llevó hasta su lecho donde la despojó con violencia de aquellas vestiduras raídas, dejándola completamente desnuda e indefensa.

Cuando el despiadado mercader acabó con ella y se supo satisfecho sexualmente, cogió a la chicha, le entregó con repugnancia sus harapos y, mediante empujones e insultos la echó de su casa dejándola en medio de la noche dolorida, mancillada y como su madre la trajo al mundo. Su rostro no mostraba expresión alguna, su estado psicológico era inexistente; en esos momentos María no se sentía como una mujer, ni como un ser humano, ni tan siquiera se sentía como un perro al que acababan de apalear, sencillamente era un trozo de carne al que nadie le importaba y del que solo aquellos que necesitaban desahogarse sexualmente, le daban algún uso.

Como pudo se colocó aquellos trapos rotos para tapar su cuerpo maltratado en la medida de lo posible, cuando apreció que por la cara interior de los muslos le corrían pequeños hilos de sangre, y fue entonces cuando entendió aquel dolor que sentía en sus partes íntimas así como en el ano, pues hasta ese momento le parecía normal por el trato recibido. Aquel bárbaro que se había aprovechado de ella lo había hecho hasta sus últimas consecuencias, llegando a desgarrarle la vagina y el ano sin ninguna compasión. A duras penas María pudo llegar hasta una fuente de piedra situada en las afueras de aquella parte inmunda de la ciudad en la que, abierta de piernas y mirando a un lado y otro desconfiada, como un animal al acecho para protegerse de los depredadores, se lavó sus intimidades para evitar por todos los medios que aquello desembocara en alguna enfermedad de las que había oído hablar. Así hizo en repetidas ocasiones durante los días y noches siguientes hasta que aquello más o menos cicatrizó y pudo volver a andar con cierta normalidad, por lo que durante el día permanecía oculta y casi inmóvil, procurando pasar el mayor tiempo posible durmiendo en las proximidades de aquella fuente alimentándose únicamente de ácidas manzanas que le ofrecía un joven árbol silvestre que, afortunadamente, nadie conocía por estar entre arbustos altos; en caso contrario y con toda seguridad, no le quedaría ni una sola de aquellas diminutas manzanas, pues aun estando verdes, al menos a la muchacha le resultaban deliciosas. Así permaneció la pobre María unos cuantos días que, a decir verdad, le parecieron años.

Pasaron nueve meses, y aunque ignorante a consecuencia de la escasa cultura recibida, María sabía desde hacía cuatro o cinco que se hallaba en estado de buena esperanza, que paradójica, buena esperanza, cuando sabía con seguridad que su retoño no haría sino complicar más su existencia. Por un lado se sentía alegre al pensar que iba a tener un bebé que le haría compañía y con el que lo compartiría todo; pero por el otro resultaba todo lo contrario pues ni siquiera iba a poder ofrecerle una cama donde dormir caliente y seguro ya que hogaño, ni ella tenía donde caerse muerta.

El niño nació de mala manera, sin ayuda de nadie y a revueltas de sangre, gritos de su madre y suciedad por todas partes, por no hablar de las prostitutas sifilíticas, viejas y cansadas, que al escuchar los primeros y lastimosos llantos del bebé corrieron torpemente a ver de qué se trataba,

pues no era muy normal que pasearan bebés por aquellas calles infectadas y mucho menos a aquellas horas intempestivas.

Aunque su llegada a este penoso mundo fue harto difícil, Antón, así llamó María a su hijo, consiguió levantar cabeza y al cabo de los años consiguió ingresar en los tercios españoles que iban a conquistar territorios extranjeros para la corona española. Por su parte, María murió presa de la sífilis pues a pesar de las continuas peleas con su hijo para que abandonara esa vida, nunca dejó de prostituirse por un escudo de mala muerte en cualquier sucia calle de los barrios bajos de Valencia donde, por desgracia, nació, sufrió y murió.